

pues, se echa en falta la colaboración entre filólogos clásicos e historiadores de la medicina. No olvidemos que esta deseable conjunción ya tiene antecedentes en este país. Por ejemplo, la que en 1976 condujo a la publicación, precisamente, de una antología de escritos hipocráticos editada por el «Instituto Arnau de Vilanova» del C.S.I.C., en la que participaron Pedro Laín Entralgo, José Alsina, Eulalia Vintró y Teresa Sallent.

ROSA MARÍA MORENO RODRÍGUEZ y GUILLERMO OLAGÜE DE ROS

ÁLVAREZ DE MORALES Y RUIZ MATAS, Camilo (1980) *«El libro de la almohada» de Ibn Wafid de Toledo (Recetario médico árabe del siglo XI)*. Toledo, Instituto Provincial de Estudios Toledanos, 488 pp. (no consta precio).

La obra que comentamos es la traducción y estudio del «Libro de la almohada» del toledano Abū l-Mutarrif 'Abd al-Rahmān b. Muḥammad b. 'Abd al-Kabīr b. Yahyā b. Wāfid al-Lajmī (1008-1074), conocido por la latinidad como Abenguefit, seguido de los correspondientes glosarios con doble entrada, castellana y árabe.

El «Libro de la almohada», en versión de Camilo Álvarez, nos ofrece una colección ordenada de recetas, estructuradas —comenzando por aquellas que hacen referencia a las enfermedades de la cabeza y concluyendo por las de la piel, enfermedades generales, diversas clases de fiebres, etc. Dichas recetas, en número de 955 —ello habla de la extensión de la obra y de la gran labor realizada en la edición y traducción de la misma— adoptan la forma de «simples», en cuyo caso sólo figura un único medicamento, o de «compuestos» elaborados a partir de varios de aquéllos. En este caso se hace imprescindible indicar la proporción de cada uno de ellos, así como el método a seguir en la preparación de la mezcla, la forma de administración, etc.

Nos encontramos, pues, con una aportación, a nuestro juicio, importante por tres razones:

— La primera, por tratarse de un nuevo texto que añadir al escaso, pero afortunadamente día a día en aumento, acervo de textos médicos andalusíes que ve la luz. Lamentamos que no se incluya la edición árabe, aunque nos consta que no se debe a la insidia del autor, su memoria de tesis doctoral sí la incluye, sino que, suponemos, debido a problemas tipográficos se ha dejado para mejor ocasión.

— La segunda, porque la impecable traducción de Camilo Álvarez nos pone en contacto con la medicina práctica en la España Islámica del siglo XI. En efecto, el «Libro de la almohada», como su nombre indica, es el libro que debe permanecer en todo momento junto a la cabecera del enfermo, puesto que en él se contienen cuantos remedios se precisan para el tratamiento de las previsibles dolencias que puedan aquejar a cualquier persona. Y no dudamos en calificarlo de manual de medicina práctica, porque, aunque no se especifica, todo parece indicar que es una obra destinada a los médicos prácticos (*ṭabbīb*) que ejercen su arte en las plazas públicas o en las moradas de personas de baja o, en todo caso, mediana posición social, ya que la clase dirigente posee, para su cuidado, médicos a los que calificamos

de teóricos (*mutaṭabbib*), que no precisan de obras como el «Libro de la almohada» ya que, basándose en sus propias lecturas y experiencias, podían escribirlos si fuese necesario, como es el caso de Ibn Wāfid, autor del escrito que nos ocupa.

— La tercera razón por la que consideramos importante la aparición de esta obra, es por la inclusión de completos glosarios de medicamentos, por una parte, y enfermedades, signos y síntomas de las mismas, con entrada castellana y árabe, para facilitar su consulta. Todo aquel que haya emprendido la tarea de traducir un texto científico escrito en árabe sabe de la importancia de estos glosarios especializados que, por lo escasos, son doblemente valiosos.

Por último, creemos que la Diputación Provincial de Toledo, a través de su Instituto Provincial de Estudios Toledanos, merece también nuestra felicitación por el acierto de publicar la obra que reseñamos. No sólo ha sabido buscar a Camilo Álvarez en su lugar de trabajo, la Escuela de Estudios Árabes de Granada y publicar su tesis doctoral, sino que, además, lo ha hecho de manera extraordinariamente cuidada.

FERNANDO GIRÓN IRUESTE

RUSSELL, Andrew W. (ed.) (1981) *The Town and State Physician in Europe from the Middle Ages to the Enlightenment*. Wolfenbüttel, Herzog August Bibliothek (Wolfenbütteler Forschungen, B. 17), 156 pp. (no consta precio).

Este libro recoge las contribuciones presentadas a la conferencia internacional del mismo título organizada por la Society for the Social History of Medicine en septiembre de 1979 con el patrocinio de la institución alemana a cuyo cargo corre la edición. Los distintos trabajos en torno a la figura del médico público (esto es, profesionalmente dependiente de la administración local o estatal), firmados por notables especialistas como V. Nutton, J. M.^a López Piñero o T. Gelfand, entre otros, son todos una revisión y puesta al día de la historiografía, casi siempre a partir de una base de investigación archivística propia, en los distintos contextos socio-culturales de sus respectivos ámbitos de trabajo: la antigüedad clásica grecorromana, el Islam medieval, la Italia renacentista, la España del siglo XVI, o, con mayor espíritu de síntesis, los países germanos, Hungría y Suiza, respectivamente, a lo largo de todo el período marcado por el título del libro que comentamos. Aún cuando alguna contribución resulta excesivamente concisa y otras derivan total o parcialmente hacia el estudio de la profesión en general, el conjunto es un valioso testimonio acerca de los avatares de la medicina convertida en parcela de la administración pública. Tanto más cuanto, como reconoce Russell en el preámbulo, nos falta la monografía capaz de sintetizar esta faceta de la historia de la profesión, carencia que en el específico caso español viene agravada incluso por la ausencia de investigaciones locales, suministradoras del material básico de estudio. La perspectiva comparada realza el valor de los acercamientos nacionales. Un elevado número de erratas en el texto desaira, finalmente, una impresión por lo demás clara y elegante.

ESTEBAN RODRÍGUEZ OCAÑA